



## CAPÍTULO V

### Hechos ante-históricos.—Héroes primitivos

Antes que la mano del sábio observador hubiera narrado á las generaciones del porvenir, en los pueblos primitivos, los acontecimientos de la vida errante y solitaria, ya de las tribus de pastores, ya de las hordas de atrevidos invasores, la voz del venerable anciano habia resonado con eco solemne y armonioso bajo las ramas de la sencilla y nativa cabaña, colocada al abrigo del furioso vendabal en el declive de las elevadas montañas del Asia, y sus relatos, como otros tantos irrecusables testimonios, vinieron á formar las tradiciones y los hechos ante-históricos.

Como recuerdos emanados del santuario del hogar doméstico, han ofrecido siempre á la meditacion de los pueblos cierto encanto, cierto sagrado respeto, hasta tal punto, que ni la indiferencia de los espíritus, ni los siglos casi innumerables, han perdido en su tránsito las huellas de estos primeros hechos.

Mas bien que sencillas relaciones de lo acaecido en los primeros pueblos, pudiéramos decir que estos legados primitivos constituyen la herencia de un sello característico, que da al asirio, al persa, al egipcio y al fenicio cierto testimonio de su genealogía y de su origen, no ya tan solo impreso en los caracteres de su raza, de su lengua y de sus glorias ó desventuras nacionales, sino que más bien se descubre en el secreto fondo de sus creencias, de sus plegarias, de su amor á la tradicional palabra de sus mayores.

A medida que nos acercamos al origen de los tiempos, parece que la criatura vive más en contacto en todas sus relaciones con los principios religiosos, y las creencias y las supersticiones forman parte de su historia, de tal

modo, que si de ellas prescindimos no acertaríamos á narrar los primeros hechos. Muchos historiadores apellidan fabulosos estos tiempos á que nos referimos, y prefieren pasarlos en silencio ó despreciarlos con desden antes que consignarlos. Por nuestra parte, creemos firmemente que merecen estudiarse, y que si bien distan mucho de poder ser considerados como fuentes y testimonios históricos, en el fondo de sus épicos portentos, de sus legendarias tradiciones, de sus fábulas y mitos, hay algo que revela la índole y condicion futura de los pueblos á que se refieren.

¿Quién no acertaría á presagiar en el espíritu de aquella inquebrantable fe de los descendientes de Noé, al pueblo elegido por Dios, de entre los pueblos todos de la tierra?

¿Quién, en la China y en la India estacionarias como rocas desde sus primeros tiempos, no acertaría á vislumbrar esa nueva série de generaciones, que se suceden sin conmoverse ante el impetuoso movimiento de la vida humana, viviendo á la larga de los siglos identificadas con la naturaleza, y presumiendo de hallar en su eterno reposo el cumplimiento de su destino?

Los asirios, los persas, los egipcios, los hijos de la Arabia de sus primeras costumbres y tradiciones, han hecho converger todos sus pasos al logro de sus primeras enseñanzas y ocupaciones de la conquista, de la dominacion y de la guerra, con cuyo espíritu desde los albores de su infancia, sintieron crecer y surgir cierto indomable carácter, bajo el influjo de las narraciones de sus dioses, de sus héroes, de sus reyes, de sus dominadores.

Heróicos, más bien que fabulosos, debemos

reputar á estos primeros tiempos; y antes que darlos de todo punto al olvido, merecen un recuerdo en las páginas de la Historia.

Difícil, si no imposible, es señalar naciona- lidad á cada una de las tradiciones asiáticas, pues dado el espíritu de dominacion y conquista de unas tribus sobre otras, las invasiones confundian con frecuencia los usos, costumbres y modos de ser de cada uno de los pueblos; de donde se explica que aparezcan hoy informados en una sola tradicion los recuerdos de alejados pueblos del Asia.

Donde mejor se vislumbran los caracteres de estos primeros hechos ante-históricos, es en la figura de sus héroes, tipos míticos algunos, ideales los más; pero reales en el recuerdo y significacion de sus glorias, de su espíritu, de su mision sobre los destinos de su vida nacional é histórica. Cada héroe primitivo es á manera de un monumento que las nuevas civilizaciones han levantado con orgullo á las viejas que les dieron su ser. La imaginacion de los pueblos, más fogosa que la imaginacion de los mismos cantores y poetas, acarició con entusiasmo los primeros hechos de sus mayores, y del fondo comun de sus triunfos y desventuras ya enjugadas, creó un tipo, un héroe, un semi-dios, un sér superior á sus mismos idealizados hechos, y bajo su sombra, como bajo la proteccion de un sér divino, se sintió poderosa para desafiar á la desgracia y ceñir sus sienes de inmarcesibles trofeos de victorias y conquistas.

El hombre, que es un niño mientras las fuerzas de su hermosa y gigantesca inteligencia no se vigorizan con la sávia de la tradicion y de la enseñanza, dejó arrebatar en el mundo oriental por sus juveniles esperanzas, y á medida que más encantos le ofrecian y más halagos le presentaban la indolencia de su espíritu, la deleitosa posesion de efímeros goces y la soñada ventura de sus fingidos dioses, más y más se apartaba del cumplimiento de la ley natural; y perdido en el laberinto de sus humanos destinos, confundida la verdadera nocion de Dios y corrompido el eco de la primera divina enseñanza, todo era novedad y secreto y misterio para el hombre.

El rayo con sus imponentes abrasadoras chispas, la nevada roca, el luciente fulgor del astro matutino, la opaca luz del regular eclipse, las olas plegándose á su seno como la flor al despedirse el dia, la aurifera montaña y el hermoso cuadro de la frondosa primavera, todo era para la infantil criatura un misterio, un prodigio continuo, una creacion que obedecia á un dios especial para cada una de las inexplicables obras de la naturaleza. Y no tan sólo en el hermoso testimonio de la Divinidad, en las obras de la creacion, tan pronto ignoradas por el hombre, hallaba asombro y misterio, sino que tambien en sus luchas, en sus triunfos, en sus mismas desgracias, era necesario colocar la intervencion de un héroe, de un dios, de un genio superior que los premiase ó castigase; la lucha entre el bien y el mal era como el dogma de estos primeros pueblos orientales.

Este olvido de las primeras verdades, esta mezcla informe de lo humano con lo divino, recuerdo torpemente adulterado, esta supersticiosa alianza de los dioses del bien y del mal con el genio del hombre, engendraron los semi-dioses y héroes primitivos; los Ormuz y los Semiramis.

Para apreciar una vez más en su justo valor el mérito real de la historia monoteista del pueblo hebreo, tipo divino, si así se nos permite, entre los pueblos todos de sobre el haz de la tierra, nótese cuán distantes están las tradiciones de este pueblo de todos los demás, sentados en sombras de error y despotismo.

Entre los hebreos, á diferencia de lo que acaece entre los persas y medos, no se confunde lo divino con lo humano. Dios habla á la primera criatura, y su divina revelacion se conserva entre los hijos y descendientes de Adam, de Seth, de Noé, de Abraham, de Isaac y de Jacob. Más tarde se repite esa eterna palabra sobre las alturas del Sinaí, y la criatura dobla su rodilla ante los altares del verdadero Dios, reputándose siempre, no uno con la divinidad, sino sér humilde y creado para glorificarle sobre el suelo de peregrinacion.

En el monoteismo dualista de los persas y medos, predomina el influjo del espíritu ma-





ligno, la lucha entre el bien y el mal, doctrina que no tiene asiento entre las tradiciones hebraicas, aunque así parezca confirmarse en algunos historiadores, incluso César Cantú.

Los medos y los persas no nos han legado historias propiamente dichas, sino poemas nacionales, relatos de viajeros y fragmentos artísticos, fieles recuerdos de su utópico dualismo.

Los indios, dice Cantú, nos han legado riquísimas artes, grandiosos poemas; pero tampoco tenemos de ellos ninguna historia. Su idea de la Divinidad se enlazaba de tal modo con la de la humanidad, y aun con la de toda la naturaleza, que parece imposible que pudiera escribir la historia, esto es, separar las razones humanas de las divinas. Wilfort hizo grandes esfuerzos para coordinar con nuestras historias algunos nombres y épocas de los puranas, pero no logró más que demostrar su incertidumbre; los puntitas ó doctores indios pretenden haber sacado de los poemas la série de sus reyes; pero no presentan más que nombres sin pormenores ó con particularidades absurdas y discordantes.

Por el contrario, en la China falta la poesía y no queda más que la historia positiva, sin tiempos heróicos. En un país en que el emperador todo lo representa y es soberano del cielo material, modelo estereotípico de todos los tiempos, no pueden darse edades heróicas, ni otros héroes más que él; y la mitología principia en un rey que decreta el censo, la medición de los terrenos, la apertura de canales y la formación del catálogo de las estrellas.

La historia de los pueblos del Asia Media apenas principia á salir de las tinieblas; la de los tibetinos no alcanza más allá del siglo VII; la de los mogoles no pasa del XII, y la de las más importantes naciones turcas se ha confundido con la de los árabes, y ha tomado el matiz del Corán. El primer héroe histórico de los tibetinos, el rey Strongdsan Gambo, que propagó en su reino el buddismo, es tenido por emanación de la divinidad buddista, lo mismo que sus sucesores. También entre los mogoles, Gengis-Kan pasa por hijo de Cormusdas (Hormus?), señor del mundo material; sin embargo, tibetinos y mogoles conservan antiguos cantos he-

róicos, entre los cuales merece particular atención aquel que habla especialmente del tibetano Gesser-Kan, hijo también de Cormusdas, y mencionado igualmente en los anales chinos.

Estos héroes preceden á la historia positiva de los pueblos; y parece creible que el desarrollo especial de su entendimiento los elevara efectivamente sobre sus contemporáneos, constituyéndolos en legisladores y bienhechores de sus naciones respectivas, tanto, que á pesar de los siglos trascurridos, su recuerdo se conserva todavía. El vulgo inculto entre quien vivian, no sabiendo explicar su aparición en su seno, los consideró como entes superiores; y la poesía hizo más maravillosa su aparición, rodeándola de la pompa de una rica fantasía.

Parece, pues, que en efecto existieron; y por más que la crítica rebaje su estatura para reducirlos á proporciones humanas, siempre merecen veneración como los primeros entre los hombres que esparcieron la idea de lo que es noble y generoso. La historia, aun en el día, sería un cadáver si no la vivificase semejante idea, gracias á la memoria de estos seres elevados que domina toda su época (1).

A la verdad, los razonados y sensatos esfuerzos de erudición y de imaginación con que una escuela contemporánea quiso encontrar la historia bajo el velo de la mitología, para ensanchar los límites de los tiempos históricos, no produjeron gran resultado; antes bien, una crítica severa se valió de ellos para pretender que debía relegarse á la mitología mucha parte de lo que se nos da por historia.

Esto no obstante, conviene estudiarlos, porque en aquellos héroes se trasluce la futura civilización y la índole de las naciones que han resistido al tiempo, á las conquistas y á los trastornos de cultura y de religión. Los chinos serán frios, positivos, acompasados como sus yaos; Manes edifica á Menfis, canaliza el Nilo, abre algibes, y la eterna esclavitud de los egipcios traspira en el culto prestado á los reyes y en los duros trabajos á que fueron sometidas generaciones enteras, para erigir monumentos

(1) Véase un discurso de Schmidt á la Academia de Ciencias de San' Petersburgo, año de 1837.



ó sepulcros. El indio conservará siempre la vaga fantasía y los cálculos interminables sobre los cuales fundó los primitivos Calpas; las expediciones de Odi parecerán renovarse de vez en cuando en las emigraciones de los germanos; en la córte de Gengis-Kan y de Timur se reproducirán las fiestas y los ejercicios de los primeros héroes; el esquimal no verá á los fundadores de su raza más que bajo la figura de cazadores de renos; la Grecia se aventurará siempre á guerras intestinas, á expediciones, á juegos, á cantos, á artes plásticas y gimnásticas, como Hércules, Prometeo, Orfeo y Jason; y el Vizliputzli mejicano, personifica esa civili-

zación llevada al Nuevo-Mundo y en nombre del cielo, por pueblos remotos, que establecieron la superioridad de la casta sacerdotal. En las primeras tradiciones del Asia Media, se descubre la naturaleza de los países más expuestos á las revoluciones; y aun en el día, como en los primitivos tiempos, la Persia y la India son presa dispuesta para el primer aventurero que se atreva á extender la mano hácia ellas.

Estas consideraciones generales nos darán luz entre las tinieblas de la antigüedad para conocer mejor la significación íntima de las historias particulares.